

Un itinerario teológico con Marcelino Legido

Comencé a leer a Marcelino Legido en el seminario, llevado de los profesores que habían compartido con él vida y planteamiento. El primer texto al que me enfrenté fue *Misericordia entrañable*. Me impactó profundamente la entraña espiritual de ese libro. El hecho de comenzar describiendo una vigilia pascual, la resonancia del Señor Resucitado como el centro y la luz que todo lo ilumina y la propuesta de fondo de que esa experiencia podía modular la pastoral y la militancia. He de reconocer que no fui capaz de acabar el libro.

Posteriormente, cuando comencé a plantear la posibilidad de realizar una tesis de doctorado, Marcelino Legido venía continuamente a mi cabeza. Una parte importante tenía que ver con el reconocimiento de las viejas Iglesias de Castilla, en concreto la de Palencia, en la que había crecido. Otra parte importante era una intuición: ¿podría la teología de Marcelino Legido ayudar a pensar preguntas que tenían que ver con Dios en la modernidad, con toda su carga de autonomía y libertad?, ¿podría existir ahí alguna reflexión cristológica que nos ilumine en nuestro presente?

Titulé la tesis como *El venir de Dios en Jesús. La resolución cristológica de las aporías de la modernidad en Andrés Torres Queiruga y Marcelino Legido* (Facultad de Teología del Norte de España, Burgos 2018). La idea de “aporías” no se recibía negativamente, sino intentando hacer consciencia de las preguntas de la modernidad. A su vez, el contraste con A. Torres Queiruga, al que tanto debemos en la teología en España, buscaba la posibilidad de encontrar dos modelos *complementarios* de afrontar la cuestión de Dios en la modernidad.

En Marcelino Legido encontré claves que ciertamente ayudaban a pensar. Existía, me pareció, claves de fondo, de esas que a veces no ves de frente pero que cuando te paras a pensar sostienen todo el conjunto. El tiempo ha hecho que una de ellas me parezca cada vez más importante. En la tesis la nombré como *metodología apostólica*. Quizá la palabra “metodología” no ayude a ver todo lo que encierra. Se trata, más bien, de una forma de acercarse a la realidad desde la tarea pastoral y en espíritu contemplativo. Desde ahí se observa con mucha claridad el origen y la finalidad de las preguntas de Marcelino Legido, muy ligadas a su experiencia militante y creyente. Quizá ahí pueda desvelarse el fondo más íntimo, en lo posible, del autor, su hondura testimonial y contemplativa.

En torno a ese núcleo, la teología de Marcelino Legido ordena otros presupuestos. Entre otros, el filosófico: Marcelino Legido descuella como un filósofo de altura, en su interpretación de los textos griegos, en su comprensión del marxismo y en su diálogo con Zubiri (de hecho, el artículo que publicó en *Salmanticensis* en 1963, *La meditación sobre la esencia en Xavier Zubiri*, da cuenta de ese diálogo profundo y matizado). Por eso se puede decir que la relación de Marcelino Legido con la modernidad es amplia y dialéctica, en el sentido más noble de la palabra. Nunca se sustrae del núcleo de la autonomía, que respeta y potencia. Pero el análisis marxista le permite comprender que esa modernidad encadena: genera *opresión*.

Ahora bien, es cierto que esta cuestión no parecía preocupar la reflexión de Marcelino Legido. Su preocupación reflexiva parecía ser más bien *teológica*, si bien teniendo en cuenta los contextos. Esa intuición me introdujo en la antropología de Marcelino Legido

como un paso *anterior y necesario*. En el texto que publicó la revista *Secretariado Trinitario*, en el año 2019 titulado *Gracia sobre gracia*, se intenta dar cuenta de ello. Cuando se lee a Marcelino Legido desde la antropología, se perfila algo así como un *pergamino original* de lo que significa ser persona. Los seres humanos somos, en su bella expresión, una “gracia primera”. Somos creados por amor, para expresar en un proyecto común ese amor: *en un hogar y una mesa compartida*.

Pero el proyecto se rompe en nuestras manos. Ese es, como bien sabemos, el *encadenamiento*. Para comprender este encadenamiento la analítica marxista ayuda mucho. Es cierto que el proyecto antropológico original se rompe en el pecado, que curva el ser del ser humano, que deja de ser para los demás y comienza a ser para sí mismo. Pero eso se observa y se hace realidad en las opresiones. Se es más que los demás en el poder, en el tener y en el saber. Marcelino Legido identifica esta trama en los textos bíblicos, en *Misericordia entrañable*. Pero esa identificación refluye, continuamente, en la actualidad. Así lo mostró en su vivencia, como el prólogo de *Misericordia entrañable* cuenta.

Por eso mismo, las cadenas son mucho más hondas. Van más allá del fenómeno de la opresión. En último término se enraízan en la muerte y el pecado. En este sentido, Marcelino Legido siempre me hizo una pregunta en sus textos que no tenía muy claro cómo responder. El pensamiento actual viene dando por hecho que la muerte es primera en la comprensión de la limitación del ser humano. Marcelino Legido, sin embargo, parecería seguir afirmando con Pablo que sigue siendo clave el pecado. Es decir, que la limitación no es de por sí humana; sino que está, más bien, en la propia voluntad del ser humano, consciente o inconsciente, de romper el proyecto original en el que somos creados. Esta cuestión, que aquí solo se puede apuntar, nos parece que puede ser interesante en la comprensión del proyecto teológico de Marcelino Legido.

En cualquier caso, en *Gracia sobre gracia*, se intenta mostrar que este es un primer nudo de la reflexión de Marcelino Legido. Una gracia primera, en definitiva, que se ordena a una gracia segunda, más importante, más honda y más universal. La lectura de los textos de Marcelino Legido parece sugerir que este pergamino original y su ruptura va dando espacio a lo que más le importaba: el *nudo cristológico*. Es decir, que hemos sido creados para *reflejar la resurrección de Jesús*. No solo su encarnación, ni su muerte, sino su resurrección. Ahí se refleja el pergamino original en toda su fuerza.

Por eso, la nueva creación, la nueva humanidad, es más central, más originante, que la primera creación. De alguna forma, la escatología a la que llegamos desde la cristología, es clave en el pensamiento de Marcelino Legido. Quise dar cuenta de esta intuición en el texto que se pidió para el libro homenaje que coordinó L. A. Montes Peral, *El esplendor de la misericordia. Homenaje a Marcelino Legido*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2018. Ahí la contribución que se tituló *Jesús como Hijo del Padre en el Espíritu. Una aproximación a la cristología de Marcelino Legido*, quería hacer ese recorrido concreto, de la antropología a la cristología.

Ya en la tesis quise dejar constancia que este movimiento pertenece a la Trinidad. Nuevamente Marcelino Legido nos abocaba a mirar de frente uno de los misterios más hondos de la fe cristiana. Por tanto, uno de los misterios más difíciles de expresar. Nos

ayudó a verlo un texto suyo de una profundidad difícil de abarcar. Lo reproducimos en este documento:

“El Espíritu es la autoconciencia del Padre. En primer lugar, es donde el Padre reconoce su ser, se reconoce a sí mismo. Reconocerse como Padre es reconocerse en su Hijo y desde su Hijo. El Espíritu es, pues, el encuentro del Padre y del Hijo en la última intimidad de su ser. Pero, en segundo lugar, el Espíritu es donde el Padre reconoce su don, es decir, su plan, su <sabiduría>: lo que no vio el ojo, ni oyó el oído, ni se alcanza al corazón del hombre, lo que tiene preparado para los que el ama y los que le aman, es el don del Hijo entregado (1 Cor 2, 9). En el Espíritu el Padre no solo se reconoce en su Hijo, sino que reconoce en él el plan de su sabiduría y de su amor, reconociéndonos a nosotros en él, destinándonos a nosotros en él. El plan de amor que reconoce es el Hijo amado, a quien ama y se reconoce, en la unidad del Espíritu” (*Fraternidad en el mundo*, 189).

Por mucho que uno lea este texto, le sigue llamando la atención la potencia de las afirmaciones que contiene. Invita a caer en la cuenta, nuevamente y como algo siempre por descubrir, en qué del misterio de la Trinidad, que se origina en el Padre, mana una propuesta de vida tan honda que es un plan de amor. A preguntarnos siempre como un nuevo amanecer cómo en ese plan de amor hemos sido creados y cómo, por tanto, el pergamino original que portamos solo se esclarece en el Hijo, puesto que es la relación que nos crea y para la que somos creados. Finalmente, volver a contemplar cómo todo ese movimiento se vive en el Espíritu, en el que Padre e Hijo se reconocen como Padre e Hijo.

No es de extrañar, por tanto, que toda la reflexión de Marcelino Legido nos lleve a esta centralidad de la Trinidad. Además, en este movimiento, muchas de nuestras preguntas originales eran rebasadas por su planteamiento más hondo. La modernidad, con su dialéctica de autonomía y opresión, quedaba incluida también en este proyecto de amor que se origina en la Trinidad. Ser persona es, por tanto, ir haciendo hueco en nosotros esta relación. Para eso hemos sido creados y ese es el proyecto que, en el pecado, rompemos en nuestro interior y en la historia.

Que esta convicción es fecunda lo quise mostrar en un texto que se publicó en *Burguense*, en 2018, y que titulamos *Fecundidad pastoral y teología de la Trinidad*. Ahí se ensaya, con más detenimiento, estas ideas. Pero es igualmente cierto que esa intuición se expresaba en el capítulo cuarto de *El venir de Dios en Jesús*. La intuición es sencilla: de alguna forma, las intuiciones teológicas de Marcelino Legido *han de dar a luz un proyecto eclesiológico*. Esto es, refluyen en una forma de vivir la Iglesia y se expresan en unas intuiciones pastorales determinadas. Un proyecto de comunión y misión que se expresa en la militancia, en la ruptura de las cadenas y en la contemplación del Hijo.

Marcelino Legido, como sugieren una multitud de testimonios, vivió de ese proyecto. Por un lado, intentó hacerlo verdad en su caminar *pastoral* con las comunidades que acompañó. Por otro lado, su vivencia íntima también estuvo marcada por estas cuestiones. La metodología apostólica, por tanto, se verifica. Su teología estaba al servicio de esa experiencia honda que intentaba expresar.

Desde ahí, intentando dar un paso más, podemos preguntarnos cuáles son las tareas que su teología sigue dejando abiertas para nosotros, en el hilo de su experiencia testimonial. Más allá de los contenidos, me sigue resultando importante retener las *coordenadas*. Estamos ante una teología que surge de la escucha del latido de la vida, que se pone a su servicio. Lo hace desde la mirada de los oprimidos y en una clara vertiente pastoral. Intenta animar a la prosecución del Reino de Dios. A su vez, cada vez se ve con más claridad que esta teología surge de una mística contemplativa, de una comunión con el Hijo, tal y como hemos querido expresar más arriba. Es capaz de transmitir una experiencia *propia y profunda*. Estas cuestiones son importantes.

Además, podemos aprender de sus intuiciones teológicas. La centralidad cristológica y trinitaria puede ser dicha en las condiciones de hoy. En definitiva, esa es la tarea de la teología, intentar decir el núcleo más hondo de lo que significa ser creyente de una forma comprensible. Hacerlo con honestidad intelectual y vital. En eso, Marcelino Legido puede también seguir dándonos pistas.

Carlos Chana Seco

Facultad de Teología del Norte de España, sede Burgos